

Montalbán

Chiño

Resulta que se nos fue Manuel Vázquez Montalbán sin aviso previo, a la vuelta de un viaje por el Lejano Oriente y aquí nos ha dejado, descompuestos y desprotegidos. Y es que el hombre este estaba tan incorporado a nuestra existencia, por lo menos a la de algunos, que ahora lo echamos en falta, como cuando se nos va un familiar o una persona próxima.

En los tiempos en que estrenábamos juventud, antes de la muerte del dictador, devorábamos los artículos en Por Favor y Triunfo, con el nombre propio del autor o bajo seudónimo. Allí aprendimos muchísimas cosas, entre otras que la sociedad de aquella época se descomponía y que era preciso un salto notable para recuperar las décadas perdidas. Leíamos a Montalbán y teníamos alimento para rato, rumiando las píldoras que nos suministraba en interminables conversaciones en cafeterías, en el instituto, en la facultad, en los círculos de activismo. Era la palabra, a ella nos ateníamos, pero este hombre no sólo nos marcaba la guía política de actualidad, sino que se adentraba en terrenos poco explorados o mal vistos por cierta inteligencia de la época. Escribir poesía, así, sin más, cuando la palabra sólo tenía sentido en clave de acción social, nos resultaba casi una transgresión. Pero la leíamos.

Luego, ya en los primeros pasos de la andadura democrática, nos escribe novelas, cierto que con trasfondo social, pero de corte policiaco y con protagonistas periféricos que observan escépticamente el mundo nuestro. De aquella nos enganchamos a la tradición americana de novela negra, descubriendo a los grandes del género. Fue escribiendo todo y de todo, en especial haciendo un esfuerzo de recuperación de la memoria, cuestión esta a la que dedicó tiempo y energía. Nos sorprendió con aquella Crónica sentimental de España, obra en la que daba cuenta de las miserias cotidianas del franquismo analizando los cutres referentes culturales de esas décadas. Ahí le descubrimos otra derivación heterodoxa, la de la copla, género proscrito en la progresía de la época por entenderla como un elemento indisociable de la España cañí. Más rompedor, si cabe, era su vena futbolera, no ahora cuando ya no cabe otro estado que no sea la alienación permanente, sino de aquella, cuando era un instrumento de alienación para que la gente no pensase en la política. Alguno se sentía aliviado con su sentir futbolero y culé, pues nos permitía hablar de fútbol.